



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PERIODISTAS

MARIANO DE CAVIA



Es un muchacho de gran talento.
Su *A vuela pluma* tiene una sal,
y un *chic* tan suyo, que es la delicia
de los lectores de *El Liberal*.

Lit. de Bravo. Desengaño, 14 y Sandoval, 2, esquina á la de Fuencarral.

SUMARIO

Tanto. De todo un poco, por Luis Taboada.—A mi médico, por Vital Anas.—Ló de siempre, por Constantino Gil.—El sino, por Eduardo de Palencia.—En un álbum, por Sinejo Delgado.—Entre caballeros, por José López Silva.—El sueño de una noche de entretiempo, por Juan Pérez Zúñiga.—A una ingrata, por Carlos Felices Andújar.—Epigramas, por Luis Royo y Villanova.—Chistes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
Mariano de Cavia.—De carreras.—En el cerrillo de San Blas, por Chila.



¡Loado sea Dios! Ya ha terminado la lucha electoral, y podemos, por consiguiente, salir a la calle sin temor de tropezar con esas personas entusiastas que se dedican aquí a hacer la felicidad de un señorito cualquiera metiéndole en el Ayuntamiento.

Todo ha concluido, y los ciudadanos vuelven a sus tareas conyugales.

—¡Ay, qué malditas elecciones!—dicen las mujeres de su casa, mientras recosen los botones del gabán del esposo.

—Si durasen mucho tiempo, llegarías a quedarte sin ropa.

—¿Pero tú todo lo achacas a las elecciones?—contesta el marido.

—Claro que sí. Siempre que vas al colegio vuelves destrozado y sucio. Y después de todo, ¿para qué? Hace dos años se me antojó irme a Huelga sin pagar nada, y ya sabes lo que nos dijo tu amigo el concejal: que no podía servirme. ¡Un hombre que te debe todo lo que es!

—No digas desatinos. Ea, vamos a dar una vueltecita, que está la noche muy hermosa.

Y para aplacar el justo enojo de aquella esposa ofendida, el marido la agarra como si fuese un saco de noche, y se la lleva por ahí a ver los escaparates y el alumbrado eléctrico del Ministerio de la Guerra.

Antes de regresar al domicilio, el matrimonio suele entrar en la horchatería, porque es lo que dice ella:

—Yo no me meto en casa sin tomar algo.

—Pero...

—Eso es; serás capaz de negar a tu esposa un refresco sencillo, y tú no tienes reparo en gastarte 35 céntimos en una cajetilla.

—Bueno, mujer.

Ya en la horchatería, acude la camarera preguntando:

—¿Qué van VV. a tomar?

—A mí tráigame V. uno grande de horchata con barquillos—contesta la esposa.—A éste, saquele V. cebada.

Las horchaterías son el Paraíso Terrenal de los cursis de ambos sexos. Como el refresco es barato, todo el mundo está en posición de poderse regalar el cuerpo con un vaso, y allí acuden las costureras, en compañía de los estudiantes sensibles, los empleados de poco sueldo, con todos los niños con que les dotó Naturaleza, y las patronas de huéspedes sin principio... ni fin.

Algunas personas amantes de la economía y aficionadas al propio tiempo a la alimentación sólida, llevan en el bolsillo un pedazo de pan para echar sopas en el vaso, lo cual hace decir a más de una camarera:

—Señora, ya, para lo que falta, tráigase V. también el cocido.

—Oiga V., insolente. Yo soy muy señora, y estoy acostumbrada a comer en muy buenas casas, para que V. lo sepa.

—Lo que tiene V. es hambre atrasada.

El dueño del establecimiento se ve en la necesidad de poner orden, declarando que los concurrentes tienen derecho a traer de su casa todo cuanto gusten, a fin de amenizar la horchata, y procurar de este modo que sirva de refresco y de alimentación.

Muchas familias toman horchata los domingos nada más, y se sientan llenas de júbilo ante los veladores de mármol, diciendo a la camarera:

—Traiga V. tres vasos pequeños, un real de barquillos y cuatro copitas para los chiquitines.

—No se sirve menos de medio cuartillo.

—¿Cómo? ¿No puede un padre reglamentar la alimentación de sus hijos? Si les doy medio cuartillo a cada uno, pueden enfermar y V. será el responsable.

—Que tomen todos en un mismo vaso, y sale la misma cuenta—replica la mamá, dándole un corte al asunto.

Los niños sumergen los dedos en el vaso que les presenta la horchatera, y se apresuran a disputarse la golosina entre refunfuños y pisotones.

—Niños, a ver cómo tenéis un poco de moderación—les dice el papá, pegándoles en los dedos con la cucharilla.—Que cada uno tome un sorbito, y dejadle algo a Ricardín, que es el más pequeño y merece consideraciones.

Cuando la familia desaparece, la horchatera va a buscar la cesta de los barquillos que ha dejado sobre el velador, y al ver que ha desaparecido exclama:

—¡Malditos muchachos!

—¿Qué ha pasado?—pregunta el horchatero.

—Que esa familia de hambrones se ha comido la cestita de los barquillos.

Han cesado los augurios lastimeros sobre la proximidad inminente de una guerra franco-alemana.

Aquí, cuando no se habla de toros se habla de guerras, parece como que cada uno de nosotros está llamado a resolver los conflictos diplomáticos y que damos más importancia a una frase de Bismarck que a la subida de los comestibles.

Llega a tal extremo la manía de los vaticinios políticos, que hasta los limpiabotas se dedican a emitir opiniones trascendentales.

—Desengáñese V.—decía uno de éstos mientras me sacaba lustre a los zapatos.—Va a haber complicaciones muy graves. Todos estamos intranquilos...

—Bueno—le dije yo.—tranquílese V. y procure no llevarme de betún los calcetines.

Hemos tenido entre nosotros a los Duques de Montpensier, a la Condesa de París y otros seres ilustres.

Cuando uno sabe que tiene como quien dice en su casa miembros regios, parece que hasta come mejor y que no le aprietan las botas.

No ha hecho la prensa más que anunciar la llegada de todos esos señores, y acuden a saludarles una porción de personas que no tienen nada que hacer.

Entre los visitantes había hasta quienes pedían dinero.

—Yo no sé si fuera de aquí habrá la costumbre de dar sablazos—les dijo uno;—pero venía a pedir a V. A. veinticuatro reales que necesito para desempeñar una colcha y otras frioleras.

Otros, menos interesados, hacen las visitas con el único afán de poder decir en el café:

—Vengo de ver al Duque.

—Y qué tal?

—Nada. Hemos estado hablando de cosas nuestras.

—¿Le trata V. con confianza?

—¡Toma, toma! En cuanto me ve ya me está diciendo: «Hola, Pepe, ¿Tienes ahí un pitillo?»

LUIS TABOADA.

A MI MÉDICO

Asegura usted, Doctor, con mucha formalidad, que para mi enfermedad el tabaco es lo peor; y me pone usted, cruel, en el trance amargo y duro

de no fumarme ni un puro ¡ni un cigarro de papel! Un día—¡tan solo un día!—segui su plan con firmeza; pero me entró una tristeza que creí que me moría.

Yo, Doctor, podré pasar, si así me lo manda hacer, cuatro días sin comer, (pero lo que es sin fumar! Imposible! Emprasa vaná! Mándeme otra medicina: el colombo, la quinina, el ruiharbo, la genciana... ¡el demonio!... Lo que sea... Que yo tomaré al instante todo lo más repugnante de nuestra Farmacopea.

¿Pero mandarme, señor, que no fume en veinte días? ¡Eso es pedir gollerías, querísimo Doctor!

En este mismo momento y sin el menor empacho, encerrado en mi despacho y saltando de contento, con un placer infinito y de mi vicio orgulloso, me estoy fumando un jugoso *Cabaña* que es exquisito...

¿Dice usted que es un veneno el tabaco para mí?

¡El tabaco malo, sí!

¿Pero, hombre, el tabaco bueno?

¡No me venga con simplezas! Yo con un puro me curo. Por algo se llama *puro*, porque no tiene impurezas!

Un buen tabaco, Doctor, tonifica, fortalece, depura, nutre, embellece, limpia, fija y da esplendor.

No hay nada más excelente, más higiénico y más grato.

Tiene un mal! ¿Que no es barato? ¡Ese es el inconveniente!

¡Nada, Doctor! Ya protesto contra esta prohibición.

¡Lo grave de la cuestión no está solo, no está!

Lo grave es que mi mujer ya se ha llegado á enterar, y no me deja fumar, y me tengo que excusar.

Me registra los bolsillos, si hay algún puro lo suca, y me quita la petaca y me deja sin pañillos, y me manda y me suplica que no fume, por favor.

— Tiene razón el Doctor! El fumar le perjudica!

La pobre se desconsuela; tiene en usted mucha fe, y estoy por culpa de usted como un niño de la escuela!

Mientras me levanta el veto, para fumar asegurado me meto en el... excusado es decir donde me meto.

Ya comprende usted que yo no puedo seguir así.

Venga usted por aquí, diga que se equivocó.

Que puedo fumar sin tasa; convenga usted á mi esposa.

¡Mire usted que es fuerte cosa fumar de ocultos en casa!

Y si quiere usted, Doctor, devolvérme la salud, prófbame una virtud, ¡pero un vicio! ¿No, señor!

VITAL AZA.

LO DE SIEMPRE

Mientras que fueron novios,
¡cuánto se amaban!
Aunque no andaban juntos —
siempre lo estaban.
Y ahora, casados,
siempre juntos, y siempre
tan separados!...

CONSTANTINO GIL.

EL SINO

Dicen que eso de la suerte buena ó mala es no más que superstición, y que nada sucede sin motivo justificado.

Pero duden ustedes.

Yo no creo cuanto me dicen, pero no dudo si me refieren ciertas maravillas.

Hay casos raros y con frecuencia sufrimos golpes de la suerte que no merecemos ó que no hemos merecido.

Sí, hay hombres felices y hombres infortunados, así como hay morenos y rubios, y altos y bajos, y liberales y conservadores y otras variedades.

He conocido más de un ejemplar de los primeros y sinnúmero de los segundos.

Pero el que más efecto me produjo fué el de un maestro en obra prima ya usada; esto es: maestro en la remonta de botillos y zapatos, pero muy aseadito, y por principios y convicción zapatero del reino.

Era el hombre aficionado á la fiesta de toros, y primero hubiera perdido diez parroquianos que una corrida.

Casó cuando apenas había empezado «la facultad de su profesión», según él decía, y la mujer no le salió tan correcta como hubiera deseado el artista.

Pero no entibaron estos disgustos domésticos la afición taurina de Ruperto.

Y no era aficionado de esos que van á centro de grada, ó á palco ó á tabloncillo, sino que tenía un abono á barrera de sol, pero constante; como que primero habría suprimido la comida durante un mes, que el abono.

—No puedo ver las corridas desde otra localidad—decía;—ó barrera ó nada.

Una gitana que habitaba en su vecindad, le pronosticó que moriría de cornada.

Este augurio flamenco produjo en el ánimo de Ruperto cierta inquietud.

Pensaba en su vida privada, en los disgustos con su mujer, y se decía:

—¿Quién sabe! Donde menos se piense aparece un cuerno.

Pero no dejó su abono á barrera.

En una tarde de Junio, cuando el sol picaba más que los de tanta, y Ruperto en su asiento de barrera parecía una chuleta empanada, salió del chiquero un hermoso toro de Colmenar, pero saltaría como muchos.

Empezó la lidia de aquel animal, y persiguiendo á uno de los chicos, se metió el cornúpeto en el callejón por el lado de la barrera del maestro en obra prima.

Desde aquel momento Ruperto empezó á pensar en los augurios de la gitana.

—Será verdad! ¿Estará escrito ó empitonado en el libro del destino que yo he de ser *pinto* de los cuernos?

En estas cavilaciones estando el zapatero, repitió la suerte el cornúpeto, pero con tan mala para Ruperto, que sufrió un tope-tazo en «los morros» y allí van dientes como si se los hubieran sacado con tenazas.

El pobre maestro soltó un grito agudo, y entre dos ó tres acomodadores le sacaron de la plaza para la enfermería.

—Recogán VV. esos dientes por si los necesita, —decía un espectador.

—Luego dirán que son aficionados é inteligentes, —dijo un hombre viejo que estaba en el tendido.

Cuando Ruperto volvió en sí, y ya curado de primera intención, volvió á la plaza, pero no á su asiento.

Nadie le vio más en barrera.

Cambió su abono por otro de tabloncillo de andanada, y no le tomó de azotea porque no le hay en la plaza.

Al verle su mujer de regreso en su casa y en la dentición, le dijo:

—¿Lo ves? tú no quieres creer en cuernos así como otros no creen en brujas, y ahí tienes las consecuencias.

—Será ese mi sino? —se preguntaba Ruperto.

Ocurrió cierto día que el maestro había madrugado para ir á ver el apartado de los toros que en una de las calles por donde pasó, había mucha gente agolpada en derredor de una víctima.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ruperto.

—Pues una señora que ha dado á luz de repente—respondió una buena mujer.

—Diga V. que no—replicó otra;—que es un zapatero que se ha puesto malo.

Entre tanto, por resentimientos personales, armaron una de *bofetás* que encendía el pelo dos sujetos que estaban detrás de Ruperto.

Abrióse la muchedumbre para dejar espacio á los que discutían.

Pero la mala suerte de Ruperto quiso que uno de los golpes que se repartían los dos *cabayeros*, le alcanzase y derribara sobre el muerto ó sobre la víctima.

Que era un buey honrado, muerto en el cumplimiento de su deber.

Ruperto cayó sobre la cabeza del extoro anciano y lanzó un gemido.

—¡Muerto soy!—murmuró después.—Se ha cumplido el pronóstico de la gitana.

Uno de los cuernos del difunto le había traspasado la cazadora.

Durante un mes no se llegó á convencerse Ruperto de que estaba vivo.

Desde entonces, lo que él dice:

—No voy á una corrida aunque me conviden: conozco mi sino; nada, nada; no más cuernos que en mi casita y con mi mujercita.

Vamos, que se ha convencido el hombre de que no se debe luchar con el sino.

EDUARDO DE PALACIO.

EN UN ALBUM

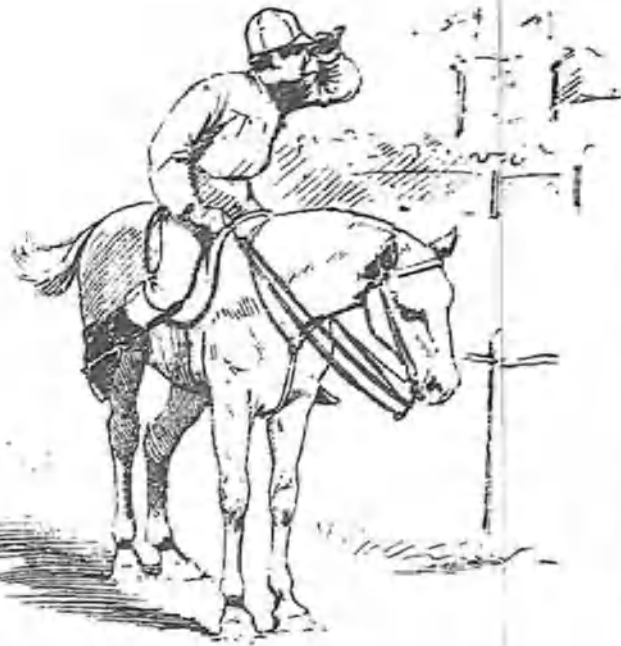
En un montón de rosas
hizo un gesto su tálamo á una ondina
que iba á ser el *non plus* de las esposas.
Ondina de belleza peregrina
que evitaba la envidia de las diosas.
Al principio el esposo, enamorado,
se embriagaba en el goce indefinido
y hallaba de su agrado
los perfumados pétalos del nido.

Se secaron las rosas
y lo que fué mullido y oloroso

DE CARRERAS



—Adiós, Luisito.
—¿Qué! ¿no te quedas á las carreras?
—No, hijo, no; prefiero el singular.



—¡Maldita sí! La Juana con otro... E cuanto acabe de hacer de inglés la reviente



Carrera de derecho.



—¡Eche V. coches de doble suspensión! Y, sin embargo, esas pobres muchachas no se divierten... Si se vinieran conmigo á la Taurina, ¡yo entiendo!



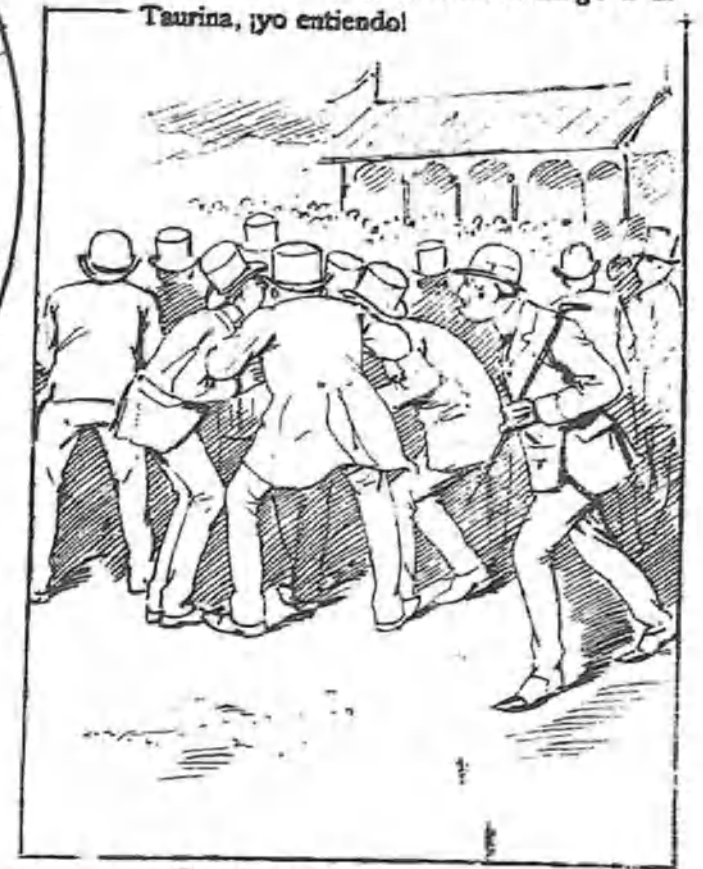
—¡Cuánto dinero para nada! En mis tiempos, por diez reales, se comía en la fonda de Perona, y luego si quería uno carreras, con dárselas por la pradera del Canal con una mujercita...



El palco de los sastres.



Carrera de Rata con obstáculos de orden público.



—Dos duros al verde.
—Soy yegua para la cuarta.

Fue partiendo el aroma delicioso...
 ¡Oh condición mudable de las cosas!
 El genio se aburró, serido al halago
 no hay mimo que le atraiga y que le llame.
 Y desahució la encina.—(Golpe en vago)
 ¡Quéjate usted á una infame
 para hallarse después con una pagot—

—Oh niñas empoderadas!
 Nadie os consolara cuando se truequen
 los sueños en verdades lastimosas...
 Conque ojo con los talamos de ruinas,
 porque es lo más probable que se sequen!

SINZAR DELGADO.

ENTRE CABALLEROS

—Callate, no hables, y no presumas,
 mientras heiga á tu las gentes de mérito,
 que pueden *esquiarte mayormente*,
 con un par de *gayetas*, por ejemplo.
 —Me se figura á mí que *entodavía*
 no ha nacido quien pueda hacerme bueno
 eso que dices tú.

—Yo le conozco.

—¿Uede que le conozcas.

—Ya lo creo.

—¿Y dónde está esa fiara, Bonifacio?

—Pues esa fiara está, sin ir mas lejos,
 haciéndote el favor de hablar contigo,
 aunque sabe muy bien que eres un *méndigo*.

—No dirias lo mismo en otra parte.

—¿Dónde?

—Pongo por caso, en el *terreno*,
 que es donde van los hombres con vergüenza
 si saben distinguir y tienen genio.

—Aunque no me rebajo casi nunca,
 ni doy *satisfacciones* á muñecos,
 iremos, si tú quieres, *Vitoriano*.

—Entonces, vamos ya.

—Pero te *averte*

que no traigo *herramienta*.

—Ni hace falta.

Yo tampoco la traigo

—Pues con eso

te doy tres puñetazos en los morros
 y así no hay compromiso.

—Lo veremos.

.....
 ¿Sabes lo que te digo, *Vitoriano*?

—Si lo dices, quizás podré saberlo.

—Pues digo, que no es justo, ni prudente,
 que se den de *trampás* dos compañeros
 por una tontería.

—Bonifacio...

Cuando á un hombre de honor le llaman *méndigo*,
 y le faltan á su honra, si es preciso
 se mata con su padre.

—Por supuesto.

—Y si no, es un *morral*.

—Pero no *ostante*;

si ve que se lo llaman sin *objeto*
 de ofenderle á su honor...

—En ese caso

no hay cuestión, Bonifacio.

—Pues por eso

no debe haberla aquí. Tú eres decente;
 y eres *dino* y *honroso*.

—Los dos lo *semos*.

—Y al que diga otra cosa... vamos hombre,
 le arrimo dos *patás* que le revienten.

—Bueno, ¿tú te *retratas*?

—Me *retrato*.

—Pues entonces, me doy por *satisfecho*
 y acaba la cuestión.

—Naturalmente.

—Chócate, *Vitoriano*, y hasta luego.

Voy á ver si se *cae* algún *estiladro*.

—Y yo voy á ver si se *cae* algún *pañuelo*.

J. LÓPEZ SILVA.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE ENTRETIMIENTO

¡Aquella noche no salté de mi casa porque llovía, no chuzos, sino serenos completos.

Don Hermógenes Corolarío, consecuente tertulio mío, sabio de pega con ilustración liliputiense y pretensiones gigantescas, se hallaba dándome una soberbia lata á cambio de una humilde

taza de café; y aunque yo, dominado por el sueño, apenas le escuchaba, él, tomando las involuntarias reverencias que yo le hacía—por señales de asentimiento á sus disparates, cada vez ensartábase más y más. (Trabajo inútil. Sólo cuando pronunciaba alguna palabra retumbante como *marromizgano*, *desidreatum*, *Auton*, *estibatum*, *subdormicino* ó *pendimientum*, en cuyo uso era una verdadera especialidad, despertaba yo sobresaltado. Pero me dormía inmediatamente.

Por fin D. Hermógenes se apercebía de mi pesado sueño cuando al decirme:

«Desentélese V., en este país las cuestiones políticas se anteponen siempre á las administrativas, le contesté medio dormido: «Eso no importa; le daremos á V. un paraguas.»

Se fue mi amigo, dieron las doce, me acosté, no dormí como un cesto si es que los cestos duermen, y al poco rato comencé á sonar tales extravagancias que me parecía estar despierto y pensando alguna composición para el MADRID CÓMICO.

He aquí mi sueño.

No recuerdo si estábamos en el tiempo de Mari Castaña ó en el año de la Nanita. Sólo sé que daban las ocho en el reloj de Lucerna cuando comencé á vestirme, dejando la gramática parda, el derecho del pataleo y la ley del embudo, que eran mis libros de consulta.

A la luz de la tea de la discordia, me puse á camisa de once varas y, después, dos medias tostadas, sujetándolas con las ligas de contribuyentes. Y como las medias tuvieran varios puntos de partida, yo mismo los cost con la aguja de marear, enhebrando en ella el hilo de la existencia, á cuyo extremo hice un nudo gordiano. Luego me puse un traje confeccionado por el sastre del Campillo con el paño de lágrimas, y encima una de las capas sociales que saqué del gran mundo.

Antes de vestirme, habíame arreglado la cabeza de chorlito, peinándome el pelo de la óchesa delante de una magnífica luna de miel.

Abri la puerta otomana con la llave del destino, bajé por la escala de la vida, crucé el portal de Belén, y, tomando el coche de San Francisco, al cual se le salió la rueda de la fortuna en medio del camino de la perdición por haber tropezado en la piedra filosofal, atravesé la vía láctea, el campo del honor y el valle de Josafat.

Allí me uní á la huérfana de Bruselas, á quien hallé bebiendo agua de cerrajas en un pozo de ciencia. Por cierto que llevaba puesta la camisa de la loba y cubrían su cara los polvos de la madre Celestina, por lo cual la dije las verdades del barquero.

Cuando llegamos á la Capilla de Lanuza, repicaban en honor de San Jinojo las campanas de Toledo y de la Almudaina con la fuerza del sino.

Allí estaban en junta de rabadanes el chico del esquilador con la capa del estudiante, Perogrullo diciendo sus verdades; Juan de las Viñas llevando al cinto la espada de Damocles, el sargento Vidriera con la carabina de Ambrosio, el tonto de Coria tocando la campanilla de los apuros, Perico el de los Palotes sacando punta al puñal del godó, Picio mirándose en la luna de Valencia, el doctor Sangredo que acababa de asistir al parto de los montes, Pateta rezando ante la cruz del matrimonio, y detrás el diablo cojuelo con la maza de Fraga; el corregidor de Almagro dándose con un canto llano en los pechos, Antón Perulero enseñando á bailar á la osa mayor en presencia de Lepe, Lepijo y su hijo, el Moro Muza que llegaba de las Batuecas montado en la burra de Balañ y seguido del perro de San Roque, el capitán Araña acometiendo con la espada de Bernardo á uno que se llamaba Andana, y el enano de la venta engarzando en el rosario de la Aurora las cuentas del Gran Capitán.

Presidía el Rey que rabió vestido con la tela de Penlope, ostentando en un ojal la flor de la maravilla y en el ojo derecho una nube de verano. Se puso en pie de imprenta, sacó de la caja de Pandora la bula de Meco, escrita en papel desairado, la leyó con la voz de la conciencia y, acto seguido se armó el baile de San Vito al son de la música celestial ejecutada por la trompeta de la fama, el cuerno de la abundancia, la trompa de Eustaquio y los órganos de Mostoles.

Terminada la fiesta, volvimos piés atrás, recorriendo el sendero de la fe, á uno de cuyos lados estaban las horcas caudinas formadas en línea de conducta; atravesamos la viña del Señor y los cerros de Ubeda y llegamos al valle de lágrimas, en donde hice que nos preparasen la cena de Baltasar á la sombra de unos árboles genealógicos.

Allí comimos carne de cañón condimentada con la salsa de Aniceta, en la que mojó el pan de la emigración; luego nos sirvieron el principio de Arquímedes guisado en las calderas de Pedro Botero con manteca del cerdo de San Antón; después, un palomino atontado; á continuación el huevo de Colón ade-

rezado con la sal de la boca; y á guisa de postres, el turrón ministerial, la crema de la aristocracia, la manzana de la discordia y, por último, café suizo hecho con espíritu de contradicción.

A mitad de comida, riendo sobre sí el gallo de Morón podría con el de la Pasión, dió el herrero de Arganda un golpe de Estado al que asó la manteca, y éste le contestó con un palo de favor en la cabeza de Medusa.

Aquella merienda de negros me costó los dineros del sacristán; mas como tragué lo mismo que Eliogabaló, llegué á padecer el suplicio de Tántalo, cuyo desenlace, en el que tuvieron que intervenir la purga de Benito y la paciencia de Job, fué muy provechoso para el común de los fieles.

Tal fué mi sueño.

Cuando desperté me sentí verdaderamente abrumado por el peso de tanto personaje y tanta líase popular como se habían reunido por casualidad en mi curuleo.

Y ahora me dirán mis lectores: ¿lástima que se haya V. molestado en referir semejante tontería?

Eso mismo digo yo. Estamos, pues, completamente de acuerdo.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

A UNA INGRATA

Si tu fueras, hija,
y me quisieras como yo te quiero
de vulgaris loca.

Alma y vida de mi ser,
no desprecies mi pasión,
por que no me has de querer
cuando te vengo á ofrecer
entero mi corazón?

Mírame á tus pies de hinojos,
por que has de hacerme sufrir?
Calma pronto tus enojos,
mira que voy á morir
si no me alumbra tus ojos.

Mitiga mi padecer,
calma mi dolor profundo,
porque si no vas á hacer
que traspase mi querer
á la chica del segundo.

¿Se que me dejas, ingrata,
por un necio, un hotentote,
y sé que el chico es un rata,
y sé que es un monigote
y que ha metido la pata.

Mas como tu amor no deje,
como te pretendá más
y en su manía no ceje,
cuando no lo espere, ¿así
le divido por el eje.

El puede seguir con eso
si lo creyera mejor;
pero, hija, te lo confieso:
¡si él puede hacerte el amor
yo puedo romperle un hueso!

¿Por qué desprecias, por qué,
mi amor ardiente y sincero?
Que eres injusta se ve.
¿Tú sabes lo que te quiero?...
pues yo tampoco lo sé.

Tu amor para mí es más grato
que la luz de la alborada,
y si me olvidas me malo
dándome una pañalada
(en la suela del zapato).

Puedes creerme: te quiero
como el sabio á sus ideas,
como el avaro al dinero...
(mejor es que no me creas,
porque soy un embustero).

Amame, por Dios. Ya ves
que no soy del todo malo.
Mírame, ingrata, á tus pies!
Amame ó te doy un palo
como dos y una son tres.

Desamparado me dejas
sin norte, sin luz, sin guía,
y he de echarme mis quejas
por más que tú me aconsejas
que se las cuente á mi tía.

Con tu dedito me anonadas
y eres injusta conmigo.
¿No te tengo regaladas
unas ligas coloradas
y tres cosas que no digo?

Calma pronto mi deseo
antes que el dolor me mate.
¿Es que te parezco feo?
Pues soy guapo, ¡ya lo creo!
¡yo feo! ¿qué disparate!

Conmigo eres despiadada;
¡como todas las mujeres!
Amame, prepáda adorada,
mira que si no me quieres
¡me arreglo con tu criada!

CARLOS FELICES ANDÚJAR.

EPIGRAMAS

—¿Por qué no sales, Andrés?
—Porque el estudio me asedia;
tengo tres clases, ¡ya ves!
—Pero hombre, ¡y vas á las tres?
—¡Cá! ¡voy á las tres y media!

A tal extremo llevaba
su fachenda D. Canuto,

que se embarcó, estando grave,
sólo por morir con rumbo.

—¿Verdad que vienen muy buenos
los números de *El Tío*?

—Y qué amenos!
—Eso sí;
han venido muy á menos.

LUIS ROYO Y VILLANOVA.



Los guardias detienen en la calle á un joven que quiere pegarse un tiro.

—¿Qué iba V. á hacer desgraciado?—le dice el inspector.

—No he tenido bastante valor para suicidarme, pero quiero morir.

—Tenga V. paciencia y espere que abran la Exposición de pinturas. Habrá cuadros allí que producirán la muerte.

—¿Por lo terroríficos?

—No; por lo malos.



Sr. director general de Correos:

El Administrador de Valladolid ha dado en la flor de no entregar los paquetes á nuestro corresponsal mientras éste no abona el importe de los sellos que, según parece, faltan en la faja.

Como esas atribuciones pertenecen á la estación de salida, que puede detener la correspondencia cuando no la acompaña el franqueo suficiente, creo que el caballero de Valladolid se extralimita en sus funciones. Porque si el paquete lleva el sello de *franco*, que llevará seguramente, es de suponer que tiene derecho de circulación. No es culpa de nadie que con el roce de la saca se caigan los sellos...

¿Y eso que va picando en historia el que se caigan siempre los del paquete de Valladolid!

¿Será V. tan amable que ponga coto á estas demasías?

Así lo espero, y le anticipo las gracias.



A la orilla del Nilo
besáronse un estambre y un pistilo,
y les dijo un batracio:

—Hay que hacer esas cosas más despacio!



Libros:

Bajo el título de *Algunas pastas* ha reunido el notable poeta D. Francisco Vila diez y ocho composiciones en verso, que acaban de publicarse en un lindo tomito. Pertenecen todas á una edición agotada que no ha podido reimprimirse íntegra por razones que alega el autor.

F. Degetan y González, constante en sus propósitos, ha dado á la estampa el *tercer juguete* de los que él denomina *Furbelianos*, y que, en estilo sencillo, tienen por objeto ayudar el desarrollo de las inteligencias infantiles.

Excuso decir que, como los anteriores, alcanzará un gran éxito.

La biblioteca titulada *Colección de escritores castellanos* se ha enriquecido con una preciosa novela: *Los de Gumla*, original de D. Baltasar Ortiz de Zárate.

El escaso de espacio que podemos disponer, nos impide hacer una crítica detallada, como fuera nuestro deseo. Baste decir que el Sr. Ortiz de Zárate es un excelente novelista y *Los de Gumla* figurarán dignamente en la colección.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. L. Palencia.—Van 16 y cuestan á 50 céntimos. Vale más que espere Vd. á que concluya el álbum.

Anaximandro.—Es lástima que le dé á V. por esa chifadura guasona, porque no hace V. malas coplas.

Anacleto.—Las tres cosas son un poco vulgares.

Sr. D. J. S. R. Valladolid.—No se podría publicar tal como está ni aunque estuviera de otro modo, porque ni Cristo entiende lo que V. ha querido decir.

Sr. D. J. R. C. Cádiz.—Siento que no se pueda admitir artículos.

Anaximenes.—Digo á V. lo mismo que Anaximandro. Publico uno sin firma.—Adios, Puchetawitz

T. Negro.—Bastante inocente.

Pacaná.—Buena porquería, y buena manera de aconsonantar!

Micoteride.—Eso ya no es más que porquería. Y sin gracia, para remate de fiesta.

Sr. D. N. M. Zaragoza.—Además de larga es flojita y no encaja en la índole del periódico.

Pandolfini.—Los dos epigramas deben escribirse en papel *Rigoleft*. Porque levantan ronchas.

Tiño. Sevilla.—Sin la más leve noción de la metrificación.

Porque andan las sílabas por donde Dios quiere.

Sr. D. J. M. Valladolid.—Recoja los paquetes siempre que se repita el abuso... si se repite. Avisando, á fin de mes se lo abonaremos en cuenta.

Marcia.—¡Doscientos versos justos

y á cual más feo!

Eso, señor *Marcia*

ya es un mareo.

Lucifer.—El se lo llevará á V. de seguro. ¡Por memo!

EN EL CERRILLO DE SAN BLAS



—¡Holal ya estás ahí! Pues como vengas con las triquiñuelas del verano pasado, me mudo junto á la tapia.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 16 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Corvantes, 2, segundo

ESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

T. 15000 núm. 890

COMPañA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Quando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar.....	20 pesetas
Encuadernado en tela.....	25
Cartulinas sueltas (cada una)...	0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.